

R. P. PEDRO LUCAS ALLENDE, OSB

MEMORIA

¡Feliz el servidor a quien el Señor encuentra velando a su llegada!
(cf. Lc 12,37)

“Todas las comunidades del Cono Sur hemos acompañado a nuestros hermanos de LA PAZ en la presentación del prior, P. Pedro, ante la Casa del Padre. Creo que los detalles de su partida, son conocidos.

“En el Gloria Patri del salmo 84, primero de las Vigilias de ese día de fiesta (la Presentación del Señor en el Templo), el Padre Pedro Allende sufrió un ataque cardíaco, que terminó con su vida terrena en un par de minutos. Sus hermanos lo único que pudieron hacer fue acompañarlo con cariño en sus últimos instantes. Luego trataron de hacernos compartir a todos su dolor a través de esta inesperada noticia. Mediante el teléfono pudimos comunicarlo a todas las comunidades. E inmediatamente, dejando todos nuestros programas y proyectos, nos pusimos en camino. Por la tarde, la Eucaristía nos fue reuniendo junto a nuestros hermanos, a medida que íbamos llegando.

“Y era realidad lo que nos negábamos a creer. Varios me aseguraron que sólo la vista de su cuerpo, yaciendo ante el altar, logró convencer a su corazón de que habíamos comprendido bien la noticia recibida por la mañana. La oración en común, el cariño compartido y la calidez de tanta gente que había venido para lo mismo que nosotros, nos fue permitiendo adentrarnos en la verdad: nuestro hermano Pedro, ya concluido su curso terreno, gozaba de la VIDA junto al Señor y sus santos.

“Por la noche se desató una tormenta eléctrica que se prolongó en lluvia durante toda la mañana. Hasta el mismo cielo quiso obligarnos a estar reunidos, apiñados bajo un mismo techo, acompañando la vigilia que precedió a la Misa de despedida de su cuerpo. Salimos para el cementerio bajo la lluvia. Pero ésta cesó de improvviso, y el sol brilló en plenitud ni

bien habíamos entregado su cuerpo a la tierra. Fue todo un signo. La interpretación queda para cada uno.

“Terminada la ceremonia, casi todos emprendieron el largo viaje de retorno a sus monasterios. El almuerzo fue bastante íntimo. Luego de una siesta que nos repuso a medias del cansancio, todo había entrado en una serena quietud. Una tristeza quieta había descendido sobre el silencioso paisaje serrano recién bañado por la lluvia, e iluminado increíblemente por un sol en todo su esplendor. Diseminados por los claustros, o por el entorno, a veces solos, y otras en pequeños grupos, cada uno fue rumiando lo vivido tan intensamente en tan pocas horas. Recién para Vísperas nos volvimos a reunir...”¹ De esta forma nuestro Abad Presidente, Mamerto Menapace, contaba a todos nuestros hermanos del Cono Sur lo que se vivió en el Monasterio de Nuestra Señora de la Paz los días 2 y 3 de febrero últimos.

Pero esta vida que se hizo eterna en la fiesta de la Presentación del Señor vio por primera vez la luz de esta tierra, en la ciudad de Córdoba, hacía poco más de treinta y nueve años, cuando la señora Diana Martínez Paz de Allende dio a luz su sexto hijo, aquel 21 de diciembre de mil novecientos cincuenta y seis. Su padre, don José Antonio Allende. El nombre de Pedro Lucas le viene por sus antepasados: Pedro, hijo de Hortún de Salazar, señor de la Torre de Allende, perteneciente a una de las casas más ilustres del País Vasco, y Lucas de Allende, tataranieto de Hortún, quien vino a instalarse en Córdoba hacia fines del s. XVII y da origen a la familia Allende en Argentina; ambos nombres se unieron en el ilustre Pedro Lucas de Allende, nieto de Lucas de Allende, quien probó la nobleza de sus abuelos para ingresar a la orden de Carlos III (1795); su hijo Faustino Allende fue gobernador unitario de Córdoba. A los cuatro días de nacido, fue bautizado en la parroquia del Sagrado Corazón por el Padre Ángel Avellaneda, en la solemnidad de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo; sus padrinos fueron Enrique Pinto Bouquet y Constanca Martínez Paz de Pinto.

Desde muy chico mostró un carácter tenaz, tenía claro qué quería y cuando se lo contradecía o no se respondía a sus demandas reaccionaba

¹ Carta circular del Abad Presidente a los monasterios del Cono Sur con fecha 16 de febrero de 1996.

con ira: gritos, patadas, corridas..., estado que no era fácil revertir y algunas veces debía terminar bajo una ducha de agua fría. Comenzó a abandonar este tipo de conductas alrededor de los siete años. En toda su niñez se mostró sumamente inquieto, se movía permanentemente; durante las comidas le daban permiso para que diera una vuelta en triciclo, entre plato y plato, porque no soportaba quieto todo el almuerzo. Este modo de ser hizo que durante el jardín de infantes y los primeros grados no le gustase el colegio, al que hubo que llevarlo más de una vez por la fuerza.

Cursó todo el ciclo primario y secundario en el colegio "Gabriel Taborín"; allí encontró sus primeros amigos con quienes siempre mantuvo estrechas relaciones.

El 28 de noviembre de 1963, en la capilla del Buen Pastor, recibió la Primera Comunión de manos de Monseñor Cándido Rubiolo. Él fue quien lo confesó por primera vez, y quien durante muchos años le administró, al igual que al resto de sus hermanos, el Sacramento de la Reconciliación.

Entre los ocho y nueve años comenzó a mostrar gusto por el dibujo y la música; se pasaba horas dibujando a lápiz, sobre todo le gustaba hacer retratos. En esas actividades fue muy alentado por su madrina, quien le enseñó música y cuando tenía catorce años le regaló un piano. Años después sería quien lo apoyaría en sus inquietudes espirituales.

Cuando contaba sólo trece años falleció su mamá, el 22 de agosto de 1970; esto constituyó una profunda pérdida, ya que la señora Diana por su temperamento y su dedicación al hogar llenaba el espacio familiar y ocupaba un lugar importante en la vida de todos. "Mamá nos enseñaba las tareas del colegio, nos preparó a todos para la Primera Comunión, llevaba y traía a todos del colegio y de las casas donde éramos invitados, etc. Pedro aceptó esta pérdida con gran madurez y serenidad"².

En su adolescencia fue importante su participación en el movimiento "Palestra", del cual fue un militante muy activo. El Hno. Juan Gagliardino, asesor del movimiento, fue quien lo incentivó en sus inquietudes de entonces. Por esa época conoce al Pbro. José A. Rovai, capellán del Taborín, a quien elige como director espiritual; él fue quien le ayudó a discernir su vocación y lo acompañó hasta su ingreso en el Seminario Mayor.

² Cecilia Allende, hermana del P. Pedro.

“Yo diría que el P. Rovai fue el primero en ver que Pedro estaba llamado a la vida monástica. A mí me lo dijo al poco tiempo de su entrada al seminario”³.

Durante los años del secundario llevó una vida de oración profunda; especialmente a partir de tercer año, participaba de la Eucaristía con frecuencia, iba a retiros, campamentos, etc... En unas notas que escribe el 12 de febrero de 1974 describe la oración como “pasarse frente a Dios y tratar de mirarlo, de pensar en Él y en nosotros con respecto a Él”. Esto nunca le impidió llevar una vida social activa, pues tenía muchos amigos y amigas; le gustaban las fiestas y reuniones. Se sentía muy bien acompañando a su padre en viajes y giras políticas ya que lo social y político eran temas de su interés; en estas reuniones participaba con una atenta observación de lo que se desarrollaba a su alrededor; sus comentarios y críticas posteriores estaban cargados de ironía, ironía burlona y graciosa, que empleaba incluso para hablar de sí mismo. “Tenía un buen sentido del humor que a veces usaba para distender las discusiones familiares”⁴.

Alrededor de los dieciséis años comienza a interesarse por temas filosóficos y teológicos: participaba por ese entonces en reuniones que muchas veces se realizaban en su casa sobre temas como la “Doctrina social de la Iglesia” y que tenían como principal disertante al P. Rovai. Siempre tenía en los recreos monásticos buenos recuerdos de aquellas reuniones. En la “primera vez que me pongo a trasladar a un papel cosas que pienso”⁵, apunta su decisión de estudiar filosofía como “la base de mi realización como persona”⁶, a la vez que su profundo deseo de la vida de soledad en el campo: “En estos veinte días que he pasado en La Cumbre me he convencido más todavía de mi vocación casi de ermitaño... Pienso que quisiera tener una casa en medio de la sierra con vista a algún valle poco conocido; que para llegar a ese lugar se debiera andar algún tiempo entre pircas, puentes y arboledas, en los costados de algún río con su susurro incansable haciéndome acordar que allí no aportan más que Dios, la naturaleza y

³ Cecilia Allende.

⁴ “En casa somos muy discutidores y hay temas como el político que con frecuencia hacen subir el tono de la conversación”, Cecilia Allende.

⁵ Hojas escritas por el P. Pedro el 20 de enero de 1974 en La Cumbre.

⁶ *Ibíd.*

yo. Todo este silencio para poder descubrir lo que quiere Dios de mí, para poder pensar en mí para luego poder dar más”⁷.

Al finalizar el secundario (enero de 1975) viaja a Europa con un compañero, Miguel Gordillo, en una excursión que se llamaba “Santuarios de Europa”; en ese viaje terminó de decidir su vocación sacerdotal. “Me dijo que en Santiago de Compostela tuvo la certeza que Dios le pedía una consagración total”⁸. No obstante esto, al regresar de este viaje se inscribe en la Facultad de Filosofía, aprueba el tríplico –examen de ingreso–, pero después de cursar un semestre, abandona la Facultad e ingresa al Seminario Mayor. La decisión de ingresar al seminario queda manifiesta en una oración de acción de gracias por el don de la vocación sacerdotal que escribiera el 22 de mayo de 1975. Solía recordar que su papá lo acompañó y lo entregó al Rector, Mons. Alfredo Disandro.

Hacia fines de tercer año del seminario descubre ya con certeza que el Señor le pide una consagración en la vida monástica; esto se lo comunica al arzobispo, Cardenal Primatesta, quien le aconseja proseguir sus estudios y ordenarse sacerdote, asegurándole que si esa era su vocación “él mismo lo llevaría al monasterio”. El Arzobispo comentaría dos días después de su muerte que en esto había sido un poco egoísta y esperaba que Pedro desistiera de su intento de ingresar al monasterio. En enero de 1980 estuvo como huésped en el monasterio de San Benito para discernir si debía entrar en La Paz o en el mismo San Benito –le atraía mucho de este monasterio, su biblioteca, su prestigio y el estar ya armado; en cambio en La Paz estaba todo por hacer.

Fue ordenado sacerdote el 5 de diciembre de 1980, junto con otros cuatro diáconos, y el 22 de enero de 1981 entró al monasterio de Nuestra Señora de la Paz, e inició su postulante el 24 de enero.

Comenzó su noviciado el 11 de julio del mismo año; dos días antes de su inicio de noviciado, recibió la visita del Sr. Cardenal Primatesta en la ermita donde realizaba su retiro de preparación. Tuvo que partir hacia el monasterio del Niño Dios para realizar allí, junto con los otros novicios del monasterio, su noviciado. Permaneció en la Abadía desde el 8 de agosto

⁷ *Ibíd.*

⁸ Cecilia Allende.

hasta el 27 de noviembre; a su regreso comenzó a trabajar en la confección de los libros de Liturgia de las Horas junto con el Hno. Marcelo Lavallén.

El 11 de julio de 1982 emitió su profesión temporal. Al día siguiente escribió en su cuaderno de notas: "Ayer hice mis primeros votos. Día felicísimo en que la cercanía del Señor fue notabilísima... La *conversatio morum suorum* será la tarea de cada día, de aquí en adelante... El Señor pide mucho, pero da lo que pide". A mediados del año 1983 comenzó a trabajar como hospedero del monasterio y ese mismo año presentó su examen de bachiller en teología. Durante sus años de profeso temporal manifiesta un gran deseo y búsqueda de Dios y una lucha por sus incoherencias en la vida cotidiana. Hacia comienzos del año 1985, el P. José Veronesi le comunicó su deseo de mandarlo a estudiar a Roma ese mismo año.

El 11 de julio de 1985 emitió su profesión solemne y comenzó a preparar su próximo viaje. Por ese entonces, 31 de julio, falleció el P. Juan Vicente, prior del monasterio, lo que confirmó que debía partir a estudiar lo antes posible.

En Roma, permaneció por espacio de dos años hasta obtener la licenciatura en Teología Bíblica. A su regreso fue nombrado prior del monasterio de Nuestra Señora de la Paz, cargo que ocupó hasta el momento de su partida al Padre.

Fue el primer superior de este monasterio que había entrado aquí, lo que nos daba un mayor afianzamiento en este lugar serrano. Su gobierno se caracterizó por el emprendimiento de la construcción del edificio definitivo del monasterio, que si bien no vio terminado, sí consiguió que la comunidad se mudara a las nuevas instalaciones el 21 de marzo de 1995. Otras de las principales tareas que emprendió fue la consolidación de la comunidad tanto en sus aspectos materiales como espirituales. En lo material se fue consolidando el trabajo de los monjes como una forma concreta de subsistencia, promocionando tanto lo que era de utilidad como las diversas inquietudes y aptitudes de los monjes. Puso especial empeño en la formación intelectual de aquellos que podían realizar algunos estudios. Trabajó y alentó los esfuerzos por enriquecer la liturgia monástica celebrada en nuestro monasterio. Promocionó siempre una formación bíblica que hiciera más fecundo el trabajo y la oración en la lectio divina.

Durante su período de gobierno se fue afianzando la relación con la Iglesia local y fue creciendo mucho la afluencia de hombres y mujeres que

acudían al monasterio en búsqueda de Dios. Quizá muchos de ellos atraídos por su simplicidad buscaban en él un consejero espiritual.

Ciertamente en este período, también, fue en el que más tuvo que sobrellevar las dificultades de su carácter y de su tenacidad en el emprendimiento de las tareas, algo que muchas veces le ocasionó algunos roces comunitarios pero que sirvieron para que todos y cada uno fuéramos creciendo en el verdadero servicio de Dios.

Hoy tenemos que reconocer con humildad que a través de esa tenacidad fue formando en nosotros, no sin sudor y lágrimas, un espíritu monástico austero, que busca más la alegría de Dios que los deleites de este mundo.

En una libreta de notas está escrito el 14 de agosto de 1992: "Estoy leyendo sobre San Juan de la Cruz y Santa Teresa y con eso me viene una nostalgia muy grande de Dios. Ayer me consolaba pensando que para Teresa todo comienza a los 39 años", y para él todo comenzó a los 39 años.

*Monasterio de Nuestra Señora de la Paz
Junio de 1996*

Al Padre Pedro

Vi a tantos, con humildad, quebrantados, acercarse anónimamente para saludar, por última vez, al Padre Pedro.

Vi a hombres sencillos, sufridos, con sus hijos de la mano... Parecían desolados.

Observé a otros, prominentes, dejando de lado su vanidad o su orgullo, quizás sorprendidos, acercándose en silencio en esa emotiva despedida.

Eran, en verdad, muchos: adultos o jóvenes, poderosos o humildes, ambiciosos o sencillos que, en un ritual repetido y trascendente, lleno de íntimo fervor, expresaban tal vez un callado agradecimiento o un silencioso saludo. Entonces, me pregunté, impaciente: ¿Había sido simplemente un hombre común el Padre Pedro, caminando por el mundo?.

¿No representaba, quizás, un Mensaje, una señal, para nosotros?

Comenzábamos, tal vez, a meditar sobre su misión, a reflexionar sobre su llamado. Por eso es que me inquietaban las preguntas: ¿Supimos descifrar aquel Mensaje? ¿Valorar su testimonio? ¿Aprovechar sus palabras?

Es que, quizás, nos habíamos acostumbrado tanto a su presencia que no percibíamos muchas cosas.

¿Pudimos, en verdad, traducir sus silencios? ¿Captar sus pequeños

gestos y actitudes? ¿Escuchar bien su voz suave, sin altisonancias? ¿Meditar sus pensamientos profundos?

¿Había sido simple y solamente un caminante el Padre Pedro? ¿O encerraba en la circunferencia perfecta de su corta vida, algo más que el obvio paso por esta tierra?

Porque, poco a poco, íbamos conociendo los mojonos de su marcha y las señales de su camino.

Íbamos conociendo, por ejemplo, a familias quebrantadas, seres angustiados, quizás madres desesperanzadas, jóvenes desorientados, vocaciones vacilantes o comunidades conflictuadas, hombres sin esperanza... a los que él en algún momento de sus vidas, seguramente el crucial, iluminó con sus palabras, o con sus gestos, o con su ejemplo...

Conocí solamente algunos, pero comprobé después que eran tantos...

Trataba de adentrarme en su vida e intuí, entonces, sus vigiliatensas, sus sueños más ambiciosos, quizás muchos jamás confesados...

Observé su Obra Mayor terminada: el Monasterio y su Comunidad de Hermanos. Sus Monjes. Unidos, amalgamados, cincelados con infinita paciencia y puntillosidad de orfebre por su silencioso amor e inquebrantable fe. Dando concre-

ción, tal vez, a través de su férrea determinación, a uno de sus sueños mayores: un lugar en donde, a través de la oración, se revelara a todos los hombres la trascendente y verdadera Paz.

Observé, además, sus actitudes humanas: la sencillez austera, sus alegrías simples y la sutileza de su humor; la tenacidad puntual y permanente hacia los seres y las cosas. Quizás, también, sus preocupaciones hondas...

Signos todos que bien podrían hacer de él un arquetipo del "argentino profundo". Apasionado por vocación. Auténtico.

Uno de esos hombres que, al decir de Eduardo Mallea, poseían "el sentido cabal de la existencia". Porque manifestaban, en nuestra tierra, "una exaltación severa de la Vida".

Y, entonces, sí. Me invadió de pronto una total certeza: el Padre Pedro había sido simplemente un Hombre caminando por el mundo. Un hombre simple. Con sus defectos y virtudes. Pero que dejaba huellas muy hondas... Caminos luminosos... Ejemplos nítidos...

Un hombre que había completado en corto tiempo objetivos enormes... Señales muy claras de designios superiores. Porque constituían metas muy difíciles para otros hombres.

Simplemente un Hombre. Pero con el Mensaje y la marca auténtica de Cristo. Porque Dios se vale a veces también de ellos: de los "simples y humildes de corazón" para señalarlos, sutilmente, su presencia en la tierra.

Quizás era —en fin— un Ser que, sin notarlo nosotros, marchaba ya hacia la frontera misma en la que habitan los Santos...

Ojalá, entonces, que su recuerdo perdure. Que su Testimonio llegue y que su Obra permanezca.

Y que tantos pequeños fuegos que él contribuyó a encender en tantas almas formen —desde ahora y para siempre— un resplandor inmenso, que acompañe al Padre Pedro en su marcha hacia Allá: Muy Alto. Hacia el sitio único de los elegidos. De los Bienaventurados y de los Santos.

Jorge Gigena Figueroa